

‘Y bien puede suceder que no volvamos a vernos’: Dos cartas de José Pragmacio Vial en la Campaña de Lima (Diciembre 1880 – Enero 1881)

‘And it may happen that we do not get back to see us again’:
Two letters from Jose Pragmacio Vial in the Lima’s Campaign
(December 1880 - January 1881)

Patricio Ibarra Cifuentes
Centro de Estudios Históricos
Universidad Bernardo O’Higgins – Chile
patricio.ibarra@ubo.cl

Resumen

Las cartas de José Pragmacio Vial, oficial del ejército chileno que falleció tras la batalla de Miraflores en la Guerra del Pacífico, enviadas a su hermano entre diciembre de 1880 y enero de 1881, permiten conocer determinadas reacciones culturales de los individuos enfrentados al estímulo de su participación directa en un conflicto bélico de grandes proporciones. Entre ellas se encuentran la autovaloración e ideas de superioridad respecto de sus contendientes; la construcción, objetivación y negación de la alteridad; el registro de las actividades cotidianas, la naturalización del uso de la fuerza contra los enemigos; el estado de alarma constante producto de la permanencia en territorio adversario y la incertidumbre ante la posibilidad de caer herido o muerto en batalla.

Palabras clave: Guerra del Pacífico, Chile, Perú, Bolivia, Documentos Personales.

Abstract

José Pragmacio Vial’s letters, Chilean Army’s officer who died after the battle of Miraflores in the War of the Pacific, sent to his brother between December 1880 and January 1881, allow to know certain cultural reactions of individuals facing the stimulus of their direct participation in a conflict of great proportions. Among them are the self-assessment and ideas of superiority with respect to its contenders; building, objectification and deny otherness; the record of daily activities, the naturalization of the use of force against enemies; the state of constant alarm caused by the stay in adversary territory and the uncertainty of the possibility of being wounded or killed in battle.

Keywords: War of the Pacific, Chile, Perú, Bolivia, Personal Documents.

Recibido: 27 de septiembre 2021 · **Aceptado:** 08 de noviembre 2021

1. Introducción

José Pragmacio Vial, capitán del Batallón Cívico Movilizado Quillota, falleció en el Perú el 8 de febrero de 1881 semanas después de la batalla de Miraflores (15/01/1881), producto de las heridas que recibió durante ese combate el cual decidió la suerte de la Lima, que fue ocupada por las tropas chilenas hasta octubre de 1883. Días antes, el 13 de enero, cuando se peleaba en la línea de San Juan y en el balneario de Chorrillos y Vial se aprontaba junto a sus camaradas de armas a enfrentar a los defensores de la “Ciudad de los Reyes”, escribió que deseaba juntarse y abrazar a Abercio, uno de sus hermanos, quien servía en el batallón Melipilla pues “hace dos años no lo veo y bien puede suceder que no volvamos a vernos”. No hay certeza si el encuentro se produjo. Sin embargo, se sabe que fue precisamente Abercio quien cuidó de José en sus últimos momentos en el hospital de la Guadalupe, en el puerto del Callao, así como también se encargó de enviar sus restos a Chile (*El Correo de Quillota*, 06/03/1881).

Las cartas que Vial envió en diciembre de 1880 y enero de 1881, son dos de los innumerables documentos personales (Epistolarios, diarios y memorias) escritos por protagonistas y observadores de la Guerra del Pacífico. Allí, dejaron registro de sus reflexiones y cotidianidad respecto de un conflicto de gran trascendencia para Chile, Perú y Bolivia, por las modificaciones territoriales que trajo consigo y que condicionó la relación futura entre ellos. Además se transformó en un hito

cultural y de sus respectivas memorias históricas. Del mismo modo, para cada individuo que tomó parte en él se transformó en una experiencia significativa en el transcurso de sus vidas. Algunos dejaron registro de ella en distintos formatos. Esta narrativa ha contribuido a recordar, vulgarizar y mitologizar, al igual como ocurrió con otros enfrentamientos armados, el conflicto de 1879 (Fussel, 2006: 11).

Los documentos transcritos a continuación de estas páginas, permiten acercarse a reacciones culturales de los individuos enfrentados al estímulo de su participación directa en un conflicto bélico de grandes proporciones en el contexto del siglo XIX sudamericano, las cuales también se observan en otros escritos del mismo tenor dejados por otros combatientes y observadores de la campaña. En ese sentido, el testimonio de Vial es representativo de ellos y permite dar cuenta de características comunes a relatos generados durante la Guerra del Pacífico, así como en otras confrontaciones armadas previas, contemporáneas y posteriores. Entre esas peculiaridades se encuentran la exaltación en la autovaloración e ideas de superioridad respecto de los adversarios; la construcción, objetivación y negación de la alteridad; el registro de las actividades cotidianas; la naturalización del uso de la fuerza contra los enemigos; el estado de alarma constante producto de la permanencia en territorio enemigo y la incertidumbre ante la posibilidad de caer herido o muerto en batalla.

Respecto de la exaltación en la valoración positiva creada respecto de sí mismos y de la superioridad de los chilenos ante los aliados, en su carta del 17 de diciembre Vial afirmó respecto de la salida de las tropas peruanas de la zona cercana al puerto de Pisco, luego del arribo del ejército invasor que: “Hace tres días que partieron todas las tropas que quedaban en esta. Nos han dejado solos, sin duda porque nos reputan invencibles”. Esta idea de superioridad, se ancló en la certeza de pertenecer a la hueste que hasta ese momento solo había cosechado victorias en lo que iba de conflicto, conquistando sucesivamente Tarapacá, Tacna, y Arica, preparándose en ese momento para tomar Lima, la capital y ciudad más importante del Perú. La victoria militar, que había obtenido un gran reconocimiento en la esfera de discusión pública, fue objeto de continuas loas al pueblo y soldado chileno, donde ensalzaron los triunfos y se empequeñecieron las derrotas. En el mar y en tierra, los chilenos se impusieron, lo cual elevó la percepción idealizada entre los individuos y el colectivo, de ser parte de un conjunto superior que arrollaba a sus adversarios (Ibarra, 2019: 46-49).

Asociada a la valoración superlativa que los chilenos tenían de sí mismos, se encuentra la construcción, objetivación y negación de la alteridad, es decir, el desprecio demostrado de los chilenos respecto de los soldados y la población general del Perú y Bolivia. El 17 de diciembre Vial escribió a su hermano que: “Ya vez que de puros cobardes no vienen a atacarnos”. Sin embargo, de inmediato reconoció el potencial daño que podrían recibir si eran asaltados, debido a su desmedrada posibilidad de defensa: “Si lo hacen, es más que probable que no quede uno de nosotros para contar

el cuento, porque ninguno de nosotros desearía desempeñar tan triste papel”. Pese a ello, aseguró que él y sus compañeros preferirían morir antes de ser derrotados por un rival considerado como inferior. Esa afirmación desdeñosa de sus adversarios se fundó en un régimen de verdad a partir de la fijación de una representación de un “otro”, visibilizado y rechazado a la vez, como consecuencia de la repetición de un estereotipo socialmente aceptado en Chile, el escaso valer de los combatientes aliados, en el contexto del desarrollo del conflicto de 1879 (Bhabha, 2002: 92 y 108).

Por otra parte, el documento también menciona situaciones cotidianas de la vida de campaña, entendida ésta como el conjunto de labores humanas que caracterizan su reproducción siendo parte de los cambios y continuidad de grupos y estructuras sociales, asegurando su supervivencia y la continuidad de la especie (Heller, 1987: 19). En ese mismo contexto, se refirió a las dificultades vividas por él y sus camaradas. Por ejemplo, su afirmación respecto de los insectos portadores de enfermedades, que atormentaron a los chilenos quienes no estaban habituados al clima subtropical de Lima y sus inmediaciones. En la ya citada esquela del 17 de diciembre Vial señaló:

Ha salido una plaga tal de moscas y zancudos que nos tiene como atacados de viruelas. Los soldados tienen mucho que sufrir con otro insectito que se llama pique, cuya hembra pica los pies y deposita una cantidad de huevitos en la picadura. Las larvas que de ellos nacen se desarrollan debajo de la piel y mortifican en extremo.

Esas experiencias, nuevas para la mayoría de las tropas, fueron registradas en el intento de llevar una parte de la guerra a los suyos.

Otro motivo de preocupación era la alerta constante en la que encontraban, producto de la permanencia en territorio enemigo y la eventualidad de ser atacados por la población civil o las montoneras que merodeaban en los arrabales de Lima. Aquello también se hizo parte de su cotidianidad, situación que no fue común en el desarrollo general de la campaña, en tanto la mayor parte de las veces las tropas chilenas acamparon en lugares específicos, antes o después de enfrentarse a los aliados, (Pisagua, oficinas salitreras en Tarapacá, Las Yaros, Lurín, etc.), con ciertos niveles de seguridad que redujo la posibilidad de verse envueltos en un combate inesperado. Así, el 17 de diciembre Vial afirmó: “Las casas del pueblo parece hubiesen sido construido ex profeso para emboscadas: son todas o casi todas, comunicadas por dentro, porque su única división consiste en una débil quincha de cañas o coligües embarrados.”

Ese mismo contexto, da cuenta de la naturalización y explicación del uso de la fuerza por parte de los combatientes. En su relato narra la agresión recibida por un camarada, disparos mientras éste se encontraba de guardia, por parte de desconocidos que pertenecían o apoyaban a las montoneras que operaban en la zona. En retaliación, los chilenos destruyeron algunos inmuebles de propiedad particular desde donde fueron realizadas las detonaciones. En este caso, la violencia en tanto fenómeno humano, cultural y temporal, se utilizó como castigo justificado contra un *otro*, el enemigo, el cual a juicio de Vial procedió de manera artera y

alejada de las formas autorizadas por los cánones de comportamiento contemporáneo establecidos en el derecho de gentes (Ibarra, 2017: 31-32). De ese modo, el uso de la fuerza fue autorizado por la moral y el poder, entendida como una práctica necesaria para restaurar el orden, permitiendo además la diferenciación identitaria respecto de sus adversarios (Comellas, 2012: 225-226). En la misiva del 17 de diciembre escribió: “El comandante, indignado por una conducta tan alevosa, ordenó prendiesen fuego a la manzana por sus cuatro costados. Jamás se ha ejecutado una orden con más gusto y más prontitud. Una hora después no quedaban más que escombros.”

Paralelamente, en un rasgo distintivo de las cartas de Vial respecto de otros documentos personales de la Guerra del Pacífico, se observa su incertidumbre y angustia respecto de su destino ante la posibilidad de fallecer en combate. En su misiva del 13 de enero, con seguridad ante la inminencia de participar de las batallas por Lima y probablemente sin saber que ese día se combatía en San Juan y Chorrillos, manifestó su preocupación por que recuperaran la fotografía que se tomó antes de zarpar para Pisco, los cuales serían su último vestigio en caso de perecer:

No dejes de pedir mis retratos a Iquique en donde me retrasé veinte minutos antes de embarcarme, lleno de tierra y muy mal arreglado por lo que presumo que no saldré muy bien, pero al menos les quedará una idea de mí por si me matan.

A renglón seguido afirmó: “Despídeme de mis amigos y quedas autorizado para dar en mi nombre

los retratos a los que juzgues que tengan agrado en conservarlos.”

En la misma oportunidad, señaló que deseaba reunirse con uno de sus hermanos, con quien no compartía hacía tiempo: “No esperes carta mía de Lurín porque, antes de entrar en combate, voy a ver modo de darle un abrazo a Abercio que hace dos años no lo veo y bien puede suceder que no volvamos a vernos”. En los fragmentos recién citados se advierte su ansiedad, la cual es tangible y evidente, pues no esconde sus sentimientos producto de la situación dolorosa para su espíritu producto de la inseguridad por la continuidad de su existencia y del deseo de ocupar un lugar y ser recordado por los suyos. Todo aquello articulado en torno a sentimientos provocados por experiencias específicas, visibilizadas como expresiones de autoconciencia y de la certeza de la finitud cierta de su existencia física, aunque sin seguridad de cuándo ocurriría. Es también un desahogo (Gaune y Rolle, 2018: 18-19). Sus palabras evidencian el “duelo por la propia muerte” (Fulco, 2002: 92-100), pues manifestó explícitamente su sensación de desamparo frente a la incertidumbre de la vorágine del campo de batalla donde se jugaba el destino colectivo de su grupo de referencia, sus camaradas de armas del Quillota en particular y el ejército chileno en general, debido a la posibilidad de vencer o fracasar en los objetivos militares a cumplir; y en lo individual, al no tener seguridad de las eventuales consecuencias que tendría en su propio cuerpo, tales como el fin de la existencia, laceraciones, dolores, sufrimiento entre otras experiencias traumáticas (Corbin, 2005: 203-257).

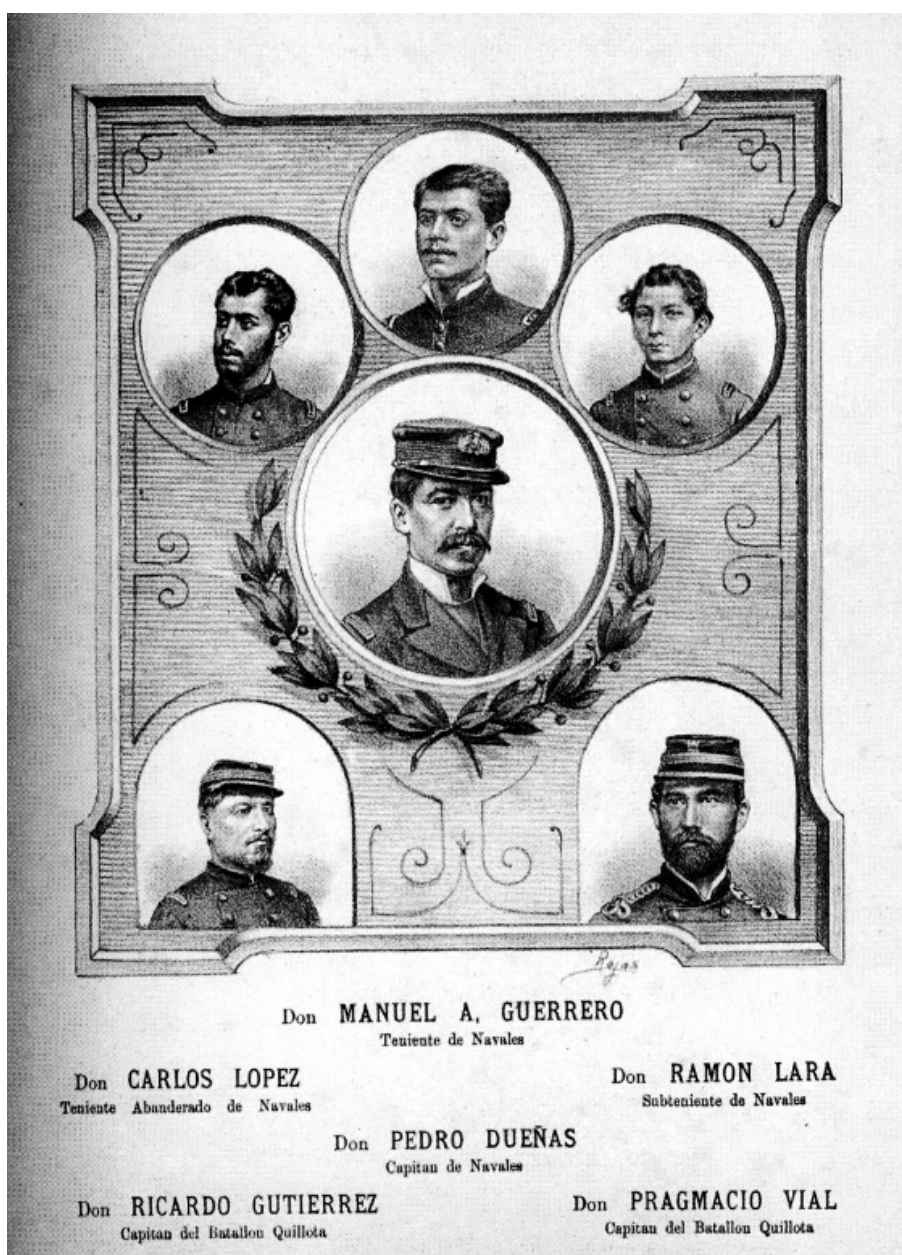
Existen algunos antecedentes de la vida de Vial. Antes del estallido de la guerra era empleado del Banco de Melipilla, desempeñándose como cajero. Se incorporó al batallón Quillota a inicios de septiembre de 1880, momento en el cual el gobierno chileno proyectaba la expedición a Lima (Figueroa, 1894: 73). La unidad contó con 588 hombres y estaba conformado por su plana mayor, cuatro compañías de infantería, una de granaderos y una de cazadores (*Boletín de la Guerra del Pacífico*, 1979: 884 y Figueroa, 1894: 158-159). Su hoja de servicios señala que el 15 de septiembre se hizo cargo de la cuarta compañía de su unidad (Archivo Histórico del Ejército (AHE), Hojas de servicio, Vol. 68, foja 152 y Vol. 134, foja 234). Hacia comienzos de 1881, Vial tenía aproximadamente 30 años de edad (*El Correo de Quillota*, 06/03/1881). Su hermano Diego era alcalde Quillota al momento de su muerte (*El Correo de Quillota*, 27/03/1881). Según la carta enviada desde el Callao por Francisco Figueroa Brito el 26 de enero de 1881, Vial fue herido en una pierna en la batalla de Miraflores (15/01/1881) (Figueroa, 1898: 318 – 321). Esa lesión provocó su deceso (AHE, Hojas de servicio, Vol. 68, foja 152 y Vol. 134, foja 234).

Cabe señalar, que Vial alcanzó relativa notoriedad en la Opinión Pública contemporánea. No en vano se trató de un ciudadano muerto por la Patria, cuya memoria era susceptible de sacralizar a partir de su martirologio en pos de la causa común de Chile. Fue mencionado en la relación de la batalla de Miraflores hecha por el corresponsal de *El Ferrocarril* Eduardo Hempel, junto con otros oficiales subalternos de diversos cuerpos destacando su labor y relevando su nombre

(*Boletín...*,1979: 967). El 6 de marzo fue publicada en *El Correo de Quillota* la noticia de su muerte (*El Correo de Quillota*, 06/03/1881). Asimismo, su retrato se encuentra en *El álbum de la gloria* de Benjamín Vicuña Mackenna, donde fue inmortalizado en una litografía de Luis Fernando Rojas, junto con Manuel Guerrero, Carlos López, Ramón Lara y Ricardo Dueñas todos ellos del batallón

Navales; además de su camarada del Quillota Ricardo Gutiérrez caído en Humay. Sin embargo, su biografía no fue incluida en esa obra (Vicuña Mackenna, 1883: 446 – 457).

Imagen 1: Retrato de José Pragmacio Vial en *El Álbum de la Gloria* (1883)



Del mismo modo, su fallecimiento generó revuelo en la comunidad quillotana. A su hermano alcalde, le fueron enviadas sendas notas de pésame de parte de la Municipalidad de Quillota y de la “Protectora de Quillota” fechadas el 12 y 13 de marzo de 1881 respectivamente, las cuales fueron contestadas días después (*El Correo de Quillota*, 27/03/1881).

Las cartas trascritas a continuación de estas líneas vieron la luz pública en *El Heraldo* de Santiago, bajo el título de “Cartas del Ejército” y “Correspondencia del Ejército” los días 10 de enero y 2 de febrero de 1880 respectivamente. Cabe señalar, que se trata de fragmentos de los documentos originales. Con seguridad, el editor del periódico rescató lo que a su juicio era lo más importante del contenido de cada esquila para presentarlo a los lectores del medio, en tanto la información allí contenida complementaba la enviada por el corresponsal del periódico Daniel Riquelme y la reproducida en otros papeles. De su lectura, se desprende que estas dos misivas son parte de un intercambio más largo entre Vial y su interlocutor: “Nada más curioso que la salida de estos doscientos hombres; se les ordenó que cada uno fuera a elegir cabalgadura al corral que cuidaban los seis granaderos a caballo de que te he hablado antes”. La existencia o paradero actual de esos escritos se desconoce. En esta oportunidad, la ortografía se ha modernizado y se han incluido notas al pie de página con información relativa a personajes, lugares y otros nombres mencionados en ambos escritos.

2.Documento

Campamento de Pisco, diciembre 17 de 1880.

Hermano:

Hemos llegado a este puerto el 10 del presente en tres días de navegación. El transporte que nos condujo fue el *Carlos Roberto*¹, capaz solo para doscientos hombres; figúrate como vendríamos seiscientos...

El puerto desde el mar presenta una vista muy pintoresca; pero tan pronto como se pone el pie en tierra se conoce lo miserable que es. Es algo así como San Antonio de las Bodegas² o peor todavía.

En cambio tiene un muelle como no hay ninguno en Chile. Es todo de fierro, y mide como setecientos metros de largo. Da lástima ver una obra tan magnífica en una ciudad tan miserable.

Distante como diez cuadras del puerto está Pisco Nuevo o el Alto de Pisco³, ciudad como San Bernardo⁴, pero de un aspecto más triste, debido talvez a que ahora está abandonada.

Todo el valle de Pisco es muy abundante en toda clase de productos naturales. Hay bastante agua, frutos y numerosos bosquecillos. Si no fuera por el calor sofocante que se siente, cada uno de nosotros creería encontrarse en Chile.

La tropa está muy contenta porque no carece de nada. Los víveres sobran. Las chacras está a cuatro o seis cuadras del puerto y de ellas nos proveemos de camotes, maíz, frejoles y otras legumbres.

La ciudad de Ica⁵ está como a dieciséis leguas más al interior; se dice que es una de las mejores

ciudades del Perú. Ahí estaba de guarnición el 4° de Línea.

El 13 partió por tierra hacia el norte la primera división, a la que pertenecemos nosotros, a las órdenes del general Villagrán⁶. Todo el camino debían hacerlo por la orilla del mar para poder tener siempre víveres frescos, que le transportará desde aquí el vaporcito *Gaviota*⁷.

El mismo día de la salida de la primera división me mandaron con mi compañía de guarnición a este pueblo (Alto de Pisco) y el resto del Quillota quedó en el Puerto y dos compañías de artillería que debían reembarcarse.

Como no ha tocado ningún vapor de la carrera ni tengo noticia que salga algún transporte para el sur suspendo esta para continuarla agregándole los acontecimientos que vayan presentándose, que presumo no han de faltar.

Diciembre 17. Apenas se movieron las tropas que conduce al norte el general Villagrán, han comenzado a merodear por los alrededores algunas montoneras sin duda con el objeto de sorprender alguna avanzada de los nuestros o de apoderarse de los animales de nuestra provisión; pero felizmente sin resultado alguno hasta hoy.

Diciembre 21. Las montoneras peruanas de que te doy cuenta en el párrafo anterior desaparecieron tan pronto como comenzaron a avistarse los transportes que conducían a la segunda y tercera división, sin que se hubiera vuelto a saber de ellas. Pero para que veas lo bellacos que son estos malditos cholos te diré que antenoche, embarcadas

ya las tropas, pero todavía en la bahía empezaron a hacer de las suyas.

Dispararon cinco balazos al centinela del cuartel de cuatro compañías del Quillota que quedaron en el puerto, felizmente sin tocarlo.

Salió inmediatamente una partida en persecución de los agresores, pero no se pudo encontrarlos.

En la ciudad pasaba algo parecido a lo del puerto; en el día nos habían mandado al capitán Gutiérrez⁸ y a mí a guarecerla con nuestras compañías, pues había quedado abandonada.

Desde temprano comenzamos a aprehender chinos que pululaban como hormigas, cargados con cuanto encontraban en las casas, sobre todo con azúcar, que habían robado de la hacienda de Cancato⁹, de cuyo punto sacaron más de doscientos quintales, según he oído decir.

¡Llegó la noche, y aquí fue Troya!... Habíamos apostado centinelas en todas las boca-calles con la orden de detener a todo paisano que encontrasen.

A las diez de la noche disparos de aquellos y algunos otros cuya procedencia no se ha podido averiguar, simulaban casi un fuego graneado.

Algunas veces los centinelas divisaban algún bulto sospechoso y daban tres veces el *¡quién vive!* y hacían fuego si no les respondían.

En otros eran los centinelas los que recibían disparos sin saber de quién ni de dónde venían.

Era que disparaban por las ventanas o puertas entreabiertas de las casas abandonadas, como pude cerciorarme por mí mismo.

Andaba rondando la población como a las doce de la noche con cuatro soldados, cuando sentí tres balazos casi simultáneos; me fui corriendo a averiguar lo ocurrido a los centinelas apostados en el sitio de donde pareció habían partido los disparos; íbamos corriendo en grupo y con mucho cuidado para no caerlos, porque la noche estaba sumamente oscura, cuando de repente, a boca de jarro, por una puerta entreabierta, nos dispararon un balazo. En el solo hicimos alto y penetramos en la casa haciendo dos disparos de rifle para alumbrarnos en medio de las tinieblas que reinaban dentro de la casa, y aprontándonos para hacer pagar bien cara la bufonada al primero que encontrásemos; pero inútilmente, porque no encontramos a nadie.

Fuimos en seguida donde los centinelas, los que nos dijeron que desde esa misma casa se les había hecho fuego a ellos y ellos habían contestado, y que de ahí provenían los tres disparos que habíamos sentido.

Las casas del pueblo parece hubiesen sido construido *ex profeso* para emboscadas: son todas o casi todas, comunicadas por dentro, porque su única división consiste en una débil quincha de cañas o coligües embarrados. Y ahora que las casas están abandonadas y abiertas las puertas que comunican con las calles, forman un verdadero laberinto en el que un conocedor del lugar podría hacernos perder la cabeza.

Este pueblo, por tres costados está rodeado de bosques donde bien podría ocultarse un ejército. Por fortuna esta gente es tan cómo enemigo que es seguro ni se les habrá ocurrido darnos un malón, como muy bien podrían hacerlo con las montoneras que tienen en Ica.

Mientras sucedía lo que te he relacionado, la primera división siguió su marcha lentamente por la orilla del mar, dividida en dos fracciones: la del comandante Lynch¹⁰, que iba de vanguardia y siguió rumbo a Chilca¹¹, y la que iba con el general Villagrán que alcanzó hasta Tambo de Mora¹², desde cuyo punto regresó a esta plaza anoche.

El motivo de esta contramarcha aquí nadie lo sabe de positivo; unos dicen que es combinación estratégica del General en Jefe¹³, otros que los detuvo la escasez del agua y los malos caminos, y según algunos un río muy caudaloso, en este tiempo muy difícil de vadear; pero es probable que haya otros motivos, que por el momento yo no acierto a comprender.

Diciembre 28. Hace tres días que partieron todas las tropas que quedaban en esta. Nos han dejado solos, sin duda porque nos reputan invencibles. El batallón no alcanza a tener seiscientos hombres; ahora con los enfermos, los empleados en la panadería, en el rancho y otros servicios, escasamente formaríamos quinientos.

Esta escasa fuerza, acantonada en un solo punto y tras una ligera fortificación, podría presentar una regular resistencia; pero estamos muy lejos de encontrarnos en esas condiciones.

Como ya he dicho esta ciudad está dividida en dos partes: la una que forma lo que se llama propiamente el puerto, compuesto de seis u ocho manzanas, y la otra, esta plaza, diez cuadras más al interior y como ocho veces más grande.

En el puerto hay tres compañías, aquí otras tres. Todos estos tienen cuartel aparte, sirviendo para ellos distintas casas de ambas poblaciones.

Avanzadas no tenemos, porque la gente no nos alcanza, ni tenemos caballos para este servicio. Imagínate ahora que sería de nosotros en caso de que fuéramos atacados en una noche cualquiera.

Según mi opinión, nada sería más fácil que el que nos diesen [sic] un malón. En este lugar había una numerosa población que se ha encontrado en las haciendas vecinas, y a dos jornadas de distancia de esta ciudad de Ica con siete mil habitantes, capital del departamento del mismo nombre que tiene más de treinta mil.

Esta comarca ha sido siempre famosa por sus estancieros, por la facilidad que hay de proporcionarse y de mantener una numerosa caballada.

Ya vez que de puros cobardes no vienen a atacarnos. Si lo hacen, es más que probable que no quede uno de nosotros para contar el cuento, porque ninguno de nosotros desearía desempeñar tan triste papel.

Ha salido una plaga tal de moscas y zancudos que nos tiene como atacados de viruelas. Los soldados tienen mucho que sufrir con otro insecto que se llama *pique*, cuya hembra pica los pies y deposita

una cantidad de huevitos en la picadura. Las larvas que de ellos nacen se desarrollan debajo de la piel y mortifican en extremo.

En las afueras de la población, en el campo de maniobras, nos hemos encontrado con vecinos más terribles: éstos son los alacranes, que andan hasta en tropas.

Del ejército de operaciones bien poco sabemos. Tal vez por allá estén ya mejor informados que nosotros. Hemos sabido solamente que nuestras avanzadas han tenido encuentros con las del enemigo, a quien han puesto en fuga después de un corto tiroteo.

Mientras tanto, nosotros no sabemos si nos llevarán o no.

Este batallón se encuentra en muy buen pie respecto a instrucción y disciplina, y no hay un solo soldado que no llegue a delirar por entrar en combate. Cuando piensan que pudieran quedarse sin entrar a Lima, se entristecen.

En los días que estuvieron embarcándose las tropas, el entusiasmo era indescriptible; ni los enfermos querían quedarse. Casi todos, al saber que se alistaba el ejército para marchar, se dieron de alta, diciendo que estaban completamente buenos. Muchos ni siquiera podían tenerse en pie, tenían que ser detenidos a viva fuerza en las ambulancias. La idea que van a entrar a Lima los preocupa tanto, que se privan de todo aquello que pueda imposibilitarlos para la jornada. Limpian sus armas y sus trajes como si fueran a una gran parada en el Campo de Marte¹⁴. Casi

todos colgaron sus botas de las mochilas y en su lugar se ponían dos pares de medias y ojotas para ir más livianos y entrar a Lima más elegantes, según decían. Parece que les ha picado el apodo de rotos que nos dan los cholos, por eso quieren presentárseles en toda forma.

Diciembre 29. Antes de ayer el comandante hizo publicar un bando, haciendo saber que se castigaría con la última pena al que se encontrase en comunicación con las montoneras o cometiera otros actos hostiles. Se dice que esta medida fue tomada porque se ha sabido que en Ica y sus alrededores hay más de mil hombres armados; sin embargo, no les hizo mucho efecto por lo que paso a referirte.

Anoche, desde una casa a cuadra y media de la plaza, le tiraron dos balazos a un centinela, felizmente sin herirlo. Se rodeó inmediatamente toda la manzana y se esperó que amaneciese para proceder al registro general. Solo se encontró en distintas casas una porción de cápsulas de rifle y en una pieza a un pobre diablo con los chicuelos. Estos fueron puestos en libertad junto con su padre por no aparecer prueba contra él, ni tener figura siquiera de que pudiese ser el autor del atentado de la noche.

En cambio, el comandante, indignado por una conducta tan alevosa, ordenó prendiesen fuego a la manzana por sus cuatro costados. Jamás se ha ejecutado una orden con más gusto y más prontitud. Una hora después no quedaban más que escombros.

En el momento que escribo se está publicando otro bando para que se quiten todas las banderas neutrales que hay enarboladas en casi todas las casas de la población.

Los extranjeros se habían puesto de acuerdo con los nacionales para asegurar con su bandera la propiedad de estos, abuso que hará perder las ventajas de que gozaban los verdaderos neutrales, y con muchísima justicia.

Estas medidas nos dan confianza y pienso que se han de componer mucho las cosas en adelante,

Tu afectísimo,

J. Pragmacio Vial.

Guarnición de Pisco por el batallón Quillota,
Enero 7 de 1881

Sin ninguna tuya que contestar porque no ha llegado del sur ningún vapor desde hace veinte días, continuó la narración de lo que sucedió por estos mundos. Por lo que lo he dicho en mis anteriores te supongo impuesto de los principales acontecimientos que se han verificado aquí hasta los últimos días del año que acaba de expirar.

Como ya te he dicho, aquí estamos solos y sin saber que harían con nosotros ni que objeto tenía nuestra permanencia en esta ciudad; pero por lo que después he visto supongo que el objeto que tuvo en mira el general al dejar al batallón Quillota en esta guarnición, fue el de proveer de víveres frescos al ejército expedicionario.

En mis anteriores habrás visto que no nos costaba gran trabajo obtener víveres de toda especie. En efecto, bastaba que el sargento Cataldo¹⁵ de la compañía de granaderos con un solo soldado saliesen por los alrededores con el fin indicado, para que trajeran todo lo que se podía necesitar en materia de ganado; pero como los enemigos lo retirasen con el objeto de dificultar nuestra provisión, fue menester que Cataldo con su compañero se internasen hasta el pueblo de Humay¹⁶, distante diez leguas. En el camino encontraron a un soldado del 4º de Línea que se había extraviado de noche durante la marcha de ese regimiento a Tambo de Mora, y que andaba por allí errante; le proporcionaron caballo y los tres llegaron a una hacienda cerca de Humay en donde comenzaron a reunir tranquilamente todo el ganado que encontraron. Se volvían ya con un buen número de animales, vacuno y lanar, cuando se apercebieron de que por su retaguardia y por los flancos se reunían una gran cantidad de individuos al toque de una campana de las casas de la hacienda. Muy luego principió un tiroteo que los nuestros no podían sostener y tuvieron que abandonar su presa por temor a verse rodeados o muertos por el gran número de enemigos, los que tenían también armas de largo alcance; pero no antes de haber dejado dos o tres fuera de combate.

Llegaron a esta contando lo ocurrido y ponderando la facilidad de tratarse de un numeroso piño de animales, si fueran diez o doce hombres. En vista de sus informaciones el comandante mandó seis días después al mismo Cataldo con cuatro de este batallón y cinco soldados del regimiento de Granaderos a Caballo, que, a cargo de un

subteniente, quedaron aquí cuidando algunos caballos del ejército.

Estos diez hombres, al mando de dicho subteniente, llegaron a las inmediaciones de Humay. Aun cuando iban prevenidos para habérselas con triple número de enemigos, y con mucho cuidado, nada encontraron que les hiciese sospechar que los tenían encima y asechando sus movimientos. Así llegaron a un chilcal, a orillas de un riachuelo, que los separaba de la población. Principiaban ya a pasarlo, cuando comienza a caer sobre ellos una granizada de balas, tratan de retroceder, pero no pueden; gran número de enemigos les cerraba el paso, buscan otra salida y ven que por todas partes están cortados. No había más remedio que pasar sobre ellos para escapar, lo que al fin consiguieron, gracias a los buenos caballos que montaban.

Mientras tanto el general apuraba con el pedido de carne fresca para el ejército. El comandante resolvió entonces salir en persona con doscientos hombres.

Formaron esa expedición la compañía de granaderos completada con veinticinco de la segunda, al mando del capitán Ovalle¹⁷, y la compañía de cazadores con treinta y tres de la cuarta, que es la mía, al mando del capitán Gutiérrez.

A cada soldado se le dio doscientos tiros y raciones para tres días.

Nada más curioso que la salida de estos doscientos hombres; se les ordenó que cada uno fuera a elegir cabalgadura al corral que cuidaban los

seis granaderos a caballo de que te he hablado antes. Allí habría cuando más cincuenta caballos mansos, otras tantas mulas y burros; el resto se componía también de esas tres especies, pero que jamás han sentido paja en el lomo. Sin embargo, los que no alcanzaron mansos tuvieron que tomar el primero que encontraron.

Esto sucedía el 1º de enero a las dos de la tarde: la orden de partida estaba fijada para las cinco de la tarde del mismo día.

Cuando llegó la hora fue un verdadero deleite ver formarse y desfilar a esta improvisada caballería. Los potros chúcaros brincaban y atropellaban cuanto encontraban por delante; las mulas de dos saltos dejaban de espaldas a sus jinetes, los cuales con su rifle a la espalda, doscientos litros en el morral y sin más montura que su poncho, no podían mantener el equilibrio, a pesar de que todos ellos son de los que hacen alarde de sus hazañas en los rodeos y topeaduras de nuestra tierra. En cuanto a los burros, no había palo suficiente para hacerlos moverse de su sitio. Al fin gracias a unos cuantos arrieros colocados a retaguardia, se pudo emprender la marcha al correr la tarde del citado día.

Esta división marchó toda la noche sin descanso, porque se quería sorprender al enemigo; pero este estaba prevenido de antemano y los esperaba tres magníficas posiciones a la entrada de Humay por el lado sur.

Al amanecer del día dos, estaban los nuestros a la vista de esta población, a la cual creían entrar tranquilamente, pues los enemigos estaban tan

ocultos tras las tapias y viñedos que no se divisaba ni siquiera vestigio que los hubiese.

La pequeña división principiaba a entrar por el único callejón que conducía al pueblo por el costado sur, cuando recibe una granizada de balas. Venían éstas del frente y los costados; sin embargo, no se divisaban más que los fogonazos, porque los enemigos estaban bien parapetados tras la tapia y los bosquecillos, que era imposible fijarles la puntería.

En ese punto y vista la situación, el comandante mandó hacer alto y ordenó el plan de ataque: hizo desplegarse en guerrilla a la mitad de la compañía de cazadores, donde iban los treinta y tres míos, y la mandó avanzar por el flanco; la otra mitad quedó de reserva; los caballos que montaba esta compañía quedaron abandonados, la compañía de granaderos quedó a retaguardia y no entró en acción hasta después de tomado el pueblo.

Las principales posiciones enemigas eran una serie de tapias que les servían de parapeto y de donde hacían un fuego nutridísimo; con todo, al desalojarlos de las primeras posiciones solo mataron un soldado. Para quitarles las otras posiciones, aunque hubo fatiga, no se perdió por nuestra parte ningún hombre y si varios enemigos; pero al llegar a un viñedo una guerrilla que había oculta nos mató al capitán Gutiérrez que había llegado hasta allí animando a los suyos. Una bala enemiga le penetró por el vientre saliéndola por la espalda. Tres de nuestros soldados cayeron también ahí, uno de ellos de mi compañía¹⁸.

Tomadas todas las trincheras del enemigo los nuestros siguieron por el callejón pegados a las tapias de ambos costados y haciendo fuego donde se presentaban enemigos. Así llegaron hasta la misma población.

Tomada la población, avanzaron los granaderos y emprendieron la persecución de los fugitivos que huían con dirección al norte y protegidos por los chilcales [sic] esparcidos a orillas del río; pasaron éste y se colocaron sobre ambas barrancas de un desfiladero que tendrá más de cien metros de elevación.

Los nuestros, que a pesar de las precauciones no habían podido descubrir las maniobras del enemigo, volvían sin imaginarse que en el desfiladero iban a librar un nuevo combate mucho más peligroso que el anterior. Pero a pesar de eso, cuando se vieron acosados por todas partes y bajo una lluvia de balas, contestaron los fuegos y trataron de pasar a escape al desfiladero para atacar a los enemigos en otra posición más ventajosa. Esto bastó para que esos muy cobardes huyesen como gamos, cuando si se quedan y defienden, como lo habrían hecho cualesquiera otros, no habría pasado uno solo de los nuestros para contar el cuento.

Indignados los nuestros y reunidos todos, incendiaron la población y se regresaron arrasando cuanto encontraban a su paso.

Los que nos habíamos quedado aquí, los recibimos en su triunfo, aunque con el sentimiento de la pérdida del capitán Gutiérrez, que cayó como un bravo, y a quién sepultamos en la Matriz de este pueblo, con todos los honores de ordenanza.

Enero 13. Había cerrado esta carta y la he abierto para anunciarte que ya nos embarcamos para Lurín¹⁹ y que mañana a las doce estaremos en ese punto.

No dejes de pedir mis retratos a Iquique en donde me retrasé veinte minutos antes de embarcarme, lleno de tierra y muy mal arreglado por lo que presumo que no saldré muy bien, pero al menos les quedará una idea de mí por si me matan.

Despídeme de mis amigos y quedas autorizado para dar en mi nombre los retratos a los que juzgues que tengan agrado en conservarlos.

No esperes carta mía de Lurín porque, antes de entrar en combate, voy a ver modo de darle un abrazo a Abercio²⁰ que hace dos años no lo veo y bien puede suceder que no volvamos a vernos.

Adiós pues,

J. Pragmacio Vial.

Agradecimientos

El autor agradece a Mauricio Pelayo González por las referencias biográficas de José Pragmacio Vial.

Referencias citadas

Fuentes primarias

Archivo Histórico del Ejército, Hojas de servicio, Vols. 68 y 134.

El Correo de Quillota, Quillota (1881).

Libros y artículos

Bhabha, H. (2002): *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.

Boletín de la Guerra del Pacífico (1979): Santiago, Editorial Andrés Bello.

Comellas, M. (2012): “De la muerte de la épica a la muerte de la historia: literatura y violencia”, en J. Iglesias, *La violencia en la Historia. Análisis del pasado y perspectiva sobre el mundo actual*, Huelva, Universidad de Huelva.

Corbin, A, Courtine, J. y Vigarello, G. (2005): *Historia del cuerpo. De la Revolución francesa a la Gran Guerra*, Madrid, Taurus.

Figuroa, F. (1894): *Organización i campaña a Lima del batallón movilizad Quillota*, Quillota, Imprenta de El Correo.

Fuentes, J. y Cortés, L. (1966): *Diccionario Histórico de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico.

Fulco, M. (2002): “Duelo por la propia muerte: ¿Duelo posible?”, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, pp. 92-100.

Fussell, P. (2006): *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner.

Gaune, R. y Rolle, C., (2018): *Homo dolens. Cartografías del dolor: sentidos, experiencias, registros*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.

Heller, A. (1987): *Sociología de la vida cotidiana*,

Barcelona, Ediciones Península.

Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile. 1810 – 1891 (1981): Santiago, Estado Mayor General del Ejército, Academia de Historia Militar.

Ibarra, P. (2017): *La Guerra en cautiverio. Los prisioneros de la Guerra del Pacífico. 1879 – 1884*, Santiago, Legatum Editores.

Ibarra, P. (2019): “‘No hay enemigo bastante poderoso para contrarrestarnos’: las victorias chilenas en la prensa de caricaturas de la Guerra del Pacífico (1879 – 1884)”, *Historia Crítica*, 72, pp. 45-67.

Paz, M. (1872): *Diccionario estadístico geográfico del Perú*, Lima, Imprenta del Estado, 1872.

Risopatrón, L. (1924): *Diccionario jeográfico de Chile*, Santiago, Imprenta Universitaria.

Tornero, R. (1872): *Chile ilustrado. Guía descriptivo del territorio de Chile, de las capitales de provincia, de los puertos principales*, Valparaíso, Librería i agencias del Mercurio.

Vicuña Mackenna, B. (1883): *El álbum de la gloria de Chile. Homenaje al Ejército i Armada de Chile en la memoria de sus más ilustres marinos i soldados muertos por la patria en la Guerra del Pacífico. 1879 – 1883*, Santiago, Imprenta Cervantes.

Notas

¹ Vapor construido en Inglaterra en los astilleros Blackhouse de casco de fierro y propulsión a hélice. En 1879 pertenecía a la Compañía Explotadora de Lota y de Coronel, de propiedad de Isidora Goyenechea de

Cousiño. Puesto a disposición de la Armada de Chile luego del estallido de la Guerra del Pacífico, transportó parte de las tropas, armamento y animales que desembarcaron en Pisco y Paracas a las órdenes del general José Antonio Villagrán. Luego, llevó una sección de la Tercera División del ejército a Curayaco. Tras la entrada de las fuerzas chilenas a Lima fue devuelto a sus dueños. Fue requisado por el bando congressista durante la Guerra Civil de 1891, ocasión en la cual participó del desembarco en Quintero, previo a las batallas de Con-Con y Placilla (Agosto de 1891).

<https://www.armada.cl/armada/tradicion-e-historia/unidades-historicas/c/vapor-carlos-roberto/2014-02-14/093317.html> [Consulta: 15 de enero de 2019].

² Puerto de la zona central de Chile. Situado a cerca de 110 kilómetros al oeste de Santiago y 5 kilómetros al norte de la desembocadura del río Maipo (Risopatrón, 1924: 795).

³ Con seguridad se refiere al poblado que se encontraba a dos millas al interior del puerto de Pisco. El Diccionario geográfico estadístico del Perú de 1872, editado por Mariano Felipe Paz Soldán al referirse al mencionado fondeadero señaló: “No debe confundirse el puerto con el pueblo que está como 2 millas más al interior” (Paz, 1872: 774).

⁴ Ciudad de la zona central de Chile fundada en 1821. Situada a 16 kilómetros al sur de Santiago, capital del entonces departamento de La Victoria. En la época era un lugar de vacaciones estivales para la clase acomodada de Santiago. Durante la Guerra del Pacífico, recibió a numerosos prisioneros de guerra peruanos y bolivianos. (Tornero, 1872: 112 e Ibarra, 2017: 101 y siguientes).

⁵ Ciudad capital del distrito, provincia y departamento homónimo. Fundada en 1563 al sur de Lima, se dedicaba en la época de la guerra a la producción de frutas, vino, ron, aguardiente, menestras y azúcar (Paz, 1872: 454 – 456).

⁶ (1821 – 17/07/1895). Fue hijo de José Antonio Villagrán del Castillo y de Casimira Correas Salas. En 1836 entró a la Escuela Militar. Participó de las guerras civiles de 1851 y 1859 apoyando al gobierno de Manuel Montt, distinguiéndose en la batalla de Cerro Grande. Como coronel fue parte de la Guerra contra España (1865). Fue nombrado Inspector General del Ejército en 1868. En 1871 ascendió a General de Brigada. Fue diputado al Congreso Nacional por Cauquenes (1873 – 1876 y 1876 – 1879) y por Cañete e Imperial (1879 – 1882). Tomó parte de la campaña a la Araucanía (1878). Durante la Guerra del Pacífico, fue Jefe de Estado Mayor del general Erasmo Escala, Jefe de las tropas de reserva y Jefe de la 1^o División que desembarcó en Paracas y ocupó Pisco e Ica. Fue destituido del mando de la 1^o División por controversias con el General en Jefe del Ejército Manuel Baquedano (Héroes y soldados ilustres del ejército de Chile, 1981: 391-393).

⁷ Vapor adquirido en 1880 que fue utilizado como remolcador, aguatero y escampavía. Durante la Guerra del Pacífico, se empleó en tareas menores.

https://www.armada.cl/armada/site/tax/port/all/taxport_2_2_34_1.html [Consulta: 16 de enero de 2019].

⁸ Capitán Ricardo Gutiérrez. Perteneciente a la compañía de Cazadores del batallón Quillota. Falleció en Humay durante las escaramuzas con montoneras peruanas que operaban en la zona ocurridas entre el 2 y 3 de enero de 1881 (Figueroa, 1898:159 y Boletín..., 1979: 1047-1048).

⁹ Hacienda de Caucato. Ubicada en el departamento de Ica, provincia y distrito de Pisco, provista de máquinas de vapor se dedicaba principalmente a la producción de alcohol y azúcar (Paz, 1872: 179).

¹⁰ Patricio Lynch Solo Zaldívar (01/12/1824 – 16/05/1886) Hijo de Estanislao Lynch y de Carmen Solo Zaldívar. Ingresó a la Escuela Militar y en 1838 entró a la Armada chilena. Hizo la campaña contra la Confederación Perú-boliviana entre 1837 y 1839. En 1840 se incorporó a la Armada británica y un año después participó de la guerra contra China. De vuelta en Chile en 1847, participó de la Guerra Civil de 1851 con el grado de capitán de corbeta distinguiéndose al contener a los insurrectos contra el gobierno de Manuel Montt en Valparaíso. Retirado del servicio, se reincorporó al momento del inicio de la Guerra con España (1865). A cargo del batallón naval, al momento del inicio de la Guerra del Pacífico se hizo cargo del mando de los transportes que llevaron tropas a Antofagasta. Ocupó el cargo de Jefe político y Militar de la recién anexada provincia de Tarapacá. Entre septiembre y octubre de 1880, hizo una expedición al norte del Perú. A fines de ese año, se incorporó al ejército y reemplazó al general Villagrán en el mando de la 1^o División que combatió en las batallas de Chorrillos y Miraflores. Luego de la entrada de los chilenos a Lima, ejerció el mando y administración de los territorios ocupados y neutralizar la resistencia en La Sierra. Terminado el conflicto, fue nombrado como Ministro Plenipotenciario de Chile en España. Falleció en alta mar, a la altura de las Islas Canarias, cuando volvía a Chile (Fuentes y Cortés, 1966: 258-259).

¹¹ Ciudad capital del distrito de la provincia de Cañete, provincia de Lima. Ubicada a 72 kilómetros al sur de Lima y a 39 de Lurín. A la sazón, en los alrededores

existían depósitos de yeso y sosa para la fabricación de jabón. (Paz, 1872: 298).

¹² Puerto menor al sur de Lima y Callao. Al momento de la llegada de los chilenos se dedicaba al transporte de pasajeros y carga de buques y vapores. Se encuentra a 80 millas marítimas de Cerro Azul, 105 millas de Callao y 25 de Pisco. (Paz, 1872: 749 y 911).

¹³ Manuel Baquedano González (01/01/1823 – 30/09/1897). Hijo de Fernando Baquedano y Teresa González. Realizó sus primeros estudios en el Instituto Nacional. En 1838, se embarcó furtivamente para hacer la campaña contra la Confederación Perú – boliviana (1837 – 1839), en el regimiento de caballería Cazadores. Entre 1845 y 1869, realizó diversas tareas permaneciendo la mayor parte del tiempo en la Araucanía, cuando le fue encargado el mando del regimiento Cazadores a Caballo. Fue nombrado coronel en 1870, coronel efectivo en 1872 y general de brigada en 1876. Con el estallido del conflicto de 1879, fue designado Comandante General de la Caballería. Fue nombrado General en Jefe luego de la renuncia de Erasmo Escala en marzo de 1880. Encabezó las operaciones en Moquegua y Lima. Entró a esta última ciudad a la cabeza del ejército a sus órdenes en enero de 1881, tras las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores. Finalizada la guerra, fue senador por Santiago (1882 – 1888) y por Colchagua (1888 – 1894). No se involucró en la Guerra Civil de 1891, razón por la cual José Manuel Balmaceda depositó en él la presidencia de la República luego de renunciar. Tras dos días en el cargo, entregó el mando a los congresistas encabezados por Jorge Montt. (Fuentes y Cortés, 1966: 53-54 y Héroes y soldados ilustres..., 1981: 211-218).

¹⁴ Lugar de prácticas del Ejército y paseo de la ciudad

de Santiago, que tenía una extensión de seis cuadras de frente por nueve de largo. Ubicado a nueve cuadras de la Alameda. En su extremo norte se encontraba el Cuartel de Artillería y la Penitenciaría. Hacia 1872, se encontraba en proceso de hermoejamento que lo dotaría de “multitud de bosquecillos, alamedas, cerros de formas diversas, arroyos, jardines, cascadas, etc.,etc.” (Tornero, 1872: 19-20).

(Paz, 1872: 540).

¹⁵ Elías Cataldo. Sargento del batallón Quillota. Participó de la batalla de Miraflores y ocupado el puerto del Callao, descubrió varios quintales de pólvora y dinamita ocultos en la dársena. Por ese hecho Patrio Lynch recompensó a Cataldo con 250 soles y un permiso especial de ocho días (Figueroa, 1894: 345).

²⁰ Abercio Vial Vázquez de Novoa. Hermano de José Pragmacio que durante la campaña a Lima fue capitán del batallón Melipilla (El Correo de Quillota, 06/03/1881).

¹⁶ Población cabecera del distrito homónimo de la provincia de Chíncha, departamento de Ica. Ubicada al sur de Lima (Paz, 1872: 451).

¹⁷ Moisés Ovalle. Capitán de la compañía de Granaderos del batallón Quillota (Figueroa, 1894: 159).

¹⁸ Según el parte del teniente coronel José Ramón Echeverría, en Humay los chilenos sufrieron cinco bajas: dos muertos y tres heridos. El documento solo individualiza al capitán Ricardo Gutiérrez quien es uno de los fallecidos. No indica el nombre ni grado de los otros soldados (Boletín..., 1979: 1047).

¹⁹ Villa costera y distrito de la provincia y departamento de Lima, ubicado a aproximadamente 33 kilómetros al sur de la ciudad de Lima. Fue el lugar elegido por el Ejército chileno para establecer su campamento, lugar desde donde marcharía para enfrentar a su símil peruano en Chorrillos, San Juan y Miraflores